

Ferrocarril en versos

Antes incluso de que la primera locomotora del Barcelona-Mataró comenzase a tirar de aquel tren inaugural, el impulso del ferrocarril empezó a transmitirse más allá de aquella primera composición. Así, las Artes y entre ellas la Poesía, volvieron su mirada hacia el ferrocarril y obtuvieron de él inspiración.

Describe Josep Pla, en *El paisaje del camino de hierro de Barcelona a Mataró*, el paisaje físico y el ánimo del paisanaje que se iba a encontrar el primer ferrocarril peninsular. La empresa fue desde el primer momento un gran éxito para el transporte humano, lo que permitió que el negocio adquiriera notable fama, se desarrollara y que surgieran otros subsidiarios a lo largo del recorrido.

Se despertó en la gente, en suma, una auténtica afición al ferrocarril y a lo que representaba. Y fue, entre otras disciplinas artísticas, en la poesía, donde con mayor ahínco se cultivó, y donde mayor hueco halló en esos primeros años esa pasión hacia las innovaciones que trajo el vapor aplicado a la industria y la vida social.

José Coroleu, en sus *Memorias de un menestral de Barcelona*, que cita el mismo Pla, así lo escribió: "Entró en moda y se convirtió en manía el hacer excursiones en ferrocarril, por lo que los pueblos de la costa hicieron su agosto durante una larga temporada".

Estos versos fueron tirados a miles de ejemplares por el librero Lluch, de la calle de la *Llibreteria*:

*Entre los inventos mil que se encuentran
en el mundo por cierto que sin segundo
es el del Ferrocarril...*

*Dirá, pues, toda persona
que mida tan corto trecho,
que Mataró ya de hecho
uniose con Barcelona.*

Para concluir con ese deseo, que en 1848 era remotísimo, y que, 175 años después, provoca una sonrisa.

*¡Oh siglo del vapor y del buen tono!
¡Oh venturoso siglo diez y nueve
O, para hablar mejor, décimonono!*

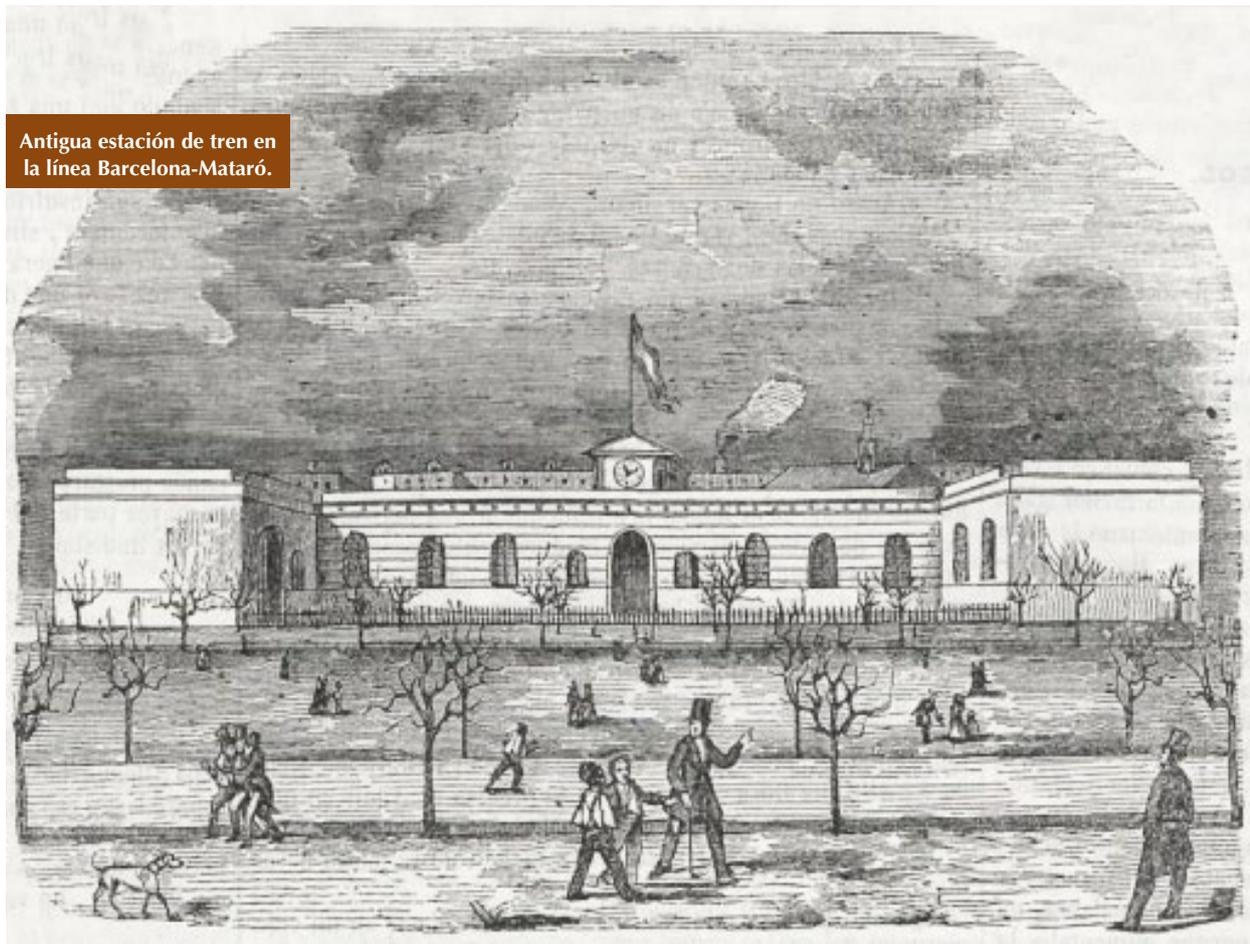
Con este terceto, dedicado a Ventura de la Vega y que pronto se haría famoso, empezaba su *Epístola moral sobre las costumbres del siglo* el poeta Manuel Bretón de los Herreros. La epístola data de 1841, año en que todavía no corrían sobre el suelo ibérico *las nuevas diabólicas sierpes o leones con melena de centellas*.

Bretón alude al vapor como invento con múltiples aplicaciones, incluso su empleo en aquellos años para la navegación. Ya en el año anterior, editaba en París el poeta malagueño D. Juan María Maury su *Esvero y Almedora*, y una viñeta de un vaporcito de ruedas en deleitosa navegación fluvial nos anunciaba que el canto octavo se iba a inaugurar con unas octavas reales loando al Vapor y a la Hermosura.

Pero tampoco se halla en el poema alusión alguna a los caminos de hierro. Y es que la poesía inspirada en el ferrocarril -al menos en España- fue preludiada por una poesía del vapor, genérica, entusiasta, industrial y progresista, que irá difuminándose gradualmente, hasta nuestros días, ya casi como un tópico literario más.

En la monografía *Del carril de Mataró*, de Antonio R. Dalmau, se reproducen coplas de un ventall editado por Bosch, de la calle del *Bou de la Plaça Nova*, que dicen así:

*Entre los inventos mil
ninguno tan portentoso
como el del ferrocarril.
Tan rápido como el viento
te lleva hasta Mataró
el carril, en un momento.
Jamás tal cosa se vió;
el comer en Barcelona
y el cenar en Mataró.*



Antigua estación de tren en la línea Barcelona-Mataró.

La más remota referencia es del propio Bretón en su poema *La Desvergüenza* y su fecha, 1851, puede deducirse de la cita concreta de las primeras líneas férreas. Dice así:

*¡Ya el vapor (haya bien quien lo inventó!)
os traslada jugando al ajedrez
de Barcino en un verbo a Mataró,*

*de Madrid, ídem, ídem, a Aranjuez.
¿Por qué ¡pesia los datos de Joló!
ya de Irún no voláis hasta Jerez
y desde Vigo a la focense Ampurias,
pues hierro os da Vizcaya y fuego Asturias?*

Maury remonta a la generación prerromántica, nacida y criada en el siglo XVIII. Si pasamos



Bendición de un tren en el siglo XIX. Relieve en el Palacio de Justicia de Barcelona. Miquel Badia.

a los poetas ya plenamente románticos, Gerardo Diego coloca el primero a su decano, Don Angel de Saavedra, al que encuentra reacio a modernizar su verso. Sin embargo, no falta en su vena humorística alguna alusión o metáfora que destaca, como esta de la Nochebuena en París y en Madrid el año 1857, romance para la tertulia literaria de los Marqueses de Molins:

*¡Que en licenciado Torralba
no me pueda convertir,
aunque el mismo diablo sea
locomotora de mí!...*

Gerardo Diego (*El Ferrocarril en la Poesía*), escruta la producción de la época pionera, en lo ferroviario, de los autores españoles en estos términos: “Por lo que toca al ferrocarril, las metáforas fáciles y el orgullo tan legítimo como inocente de vivir en una era llena de impresionantes conquistas mecánicas y científicas vienen a hinchar estrofas y más estrofas de sonoridades farragosas, en las que apenas centellea una chispa de auténtica poesía”.

Y el tren es *la rugiente fiera que en su carrera deja atrás al águila* (Francisco Sánchez de Castro) o *la inevitable serpiente perforadora o el consabido león que irrumpe pavoroso de la madriguera del túnel*.

Es natural que espectáculo tan sobrecogedor y huracanado como la salida del túnel, terror y encanto de niños, poetas y salvajes (que todo viene a ser uno) en los tiempos pasados como en los venideros, haga vibrar liras y enronquecer gargantas.

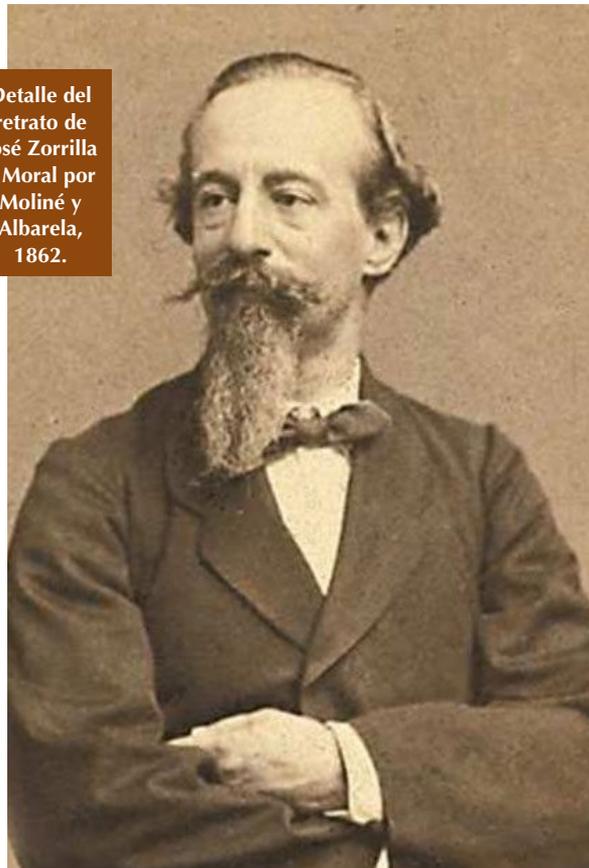
Todos los aspectos resumidos en el poema de Campoamor -progreso, vapor, locomotora, taladros, fragor y rechinar desde fuera y desde dentro, paisaje nuevo en movimiento, interiores de vagón, estaciones, viajeros con su misterio o su amor, metáforas y alegorías del tren de la vida, etcétera- andarán desparamadas en los cantos de los poetas de la generación progresista.

No hay que olvidar a las locomotoras, para unos encarnación de lo infernal y para otros de lo celestial, que se solían entremezclar con otros motivos, como las estaciones, los puentes o los túneles. Un ejemplo con cierta gracia es esta redondilla de Bernardo López García:

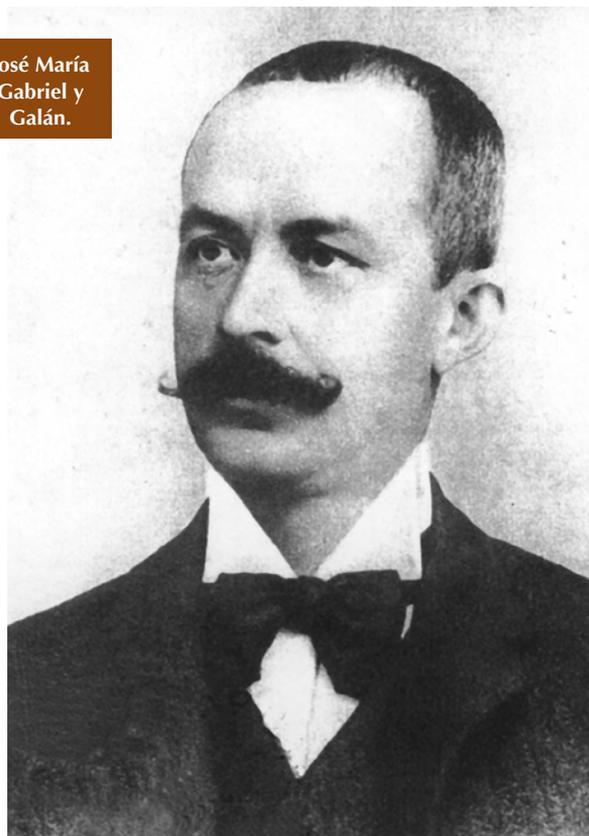
*Raudas, hirvientes, sonoras,
corren cubiertas de galas,
locomotoras con alas
más rápidas que las horas.*

El conde de Torrijos, Don José Alcalá Ga-

Detalle del retrato de José Zorrilla y Moral por Moliné y Albarela, 1862.



José María Gabriel y Galán.





Manuel Bretón de los Herreros retratado en *Los Poetas contemporáneos*. Antonio María Esquivel (1846 – El Prado).

liano, en una poesía, *El Titán*, cita a Watt y habla de válvulas de llaves, de prisión angosta y de escape para buscar el inagotable raudal de movimiento:

*Tal la audaz locomotora que
tiempo y el espacio frenético devora.*

Algunos versos no dejan de ser acertados como, por ritmo y fonética, los de este terceto:

*De látigo le sirve la abrasadora lumbre,
arrastra de las moles la enorme pesadumbre,
y el horizonte llena con su potente voz.*

Pero no todos los escritores en verso recogían el testigo de la modernidad que se aventuraba. Es el caso de José Zorrilla, quien rara vez alude a la realidad de su siglo. “No es el progreso tema predilecto de sus musas”, dice sobre él Gerardo Diego. Por eso mismo parece singular esta cita de *Los Gnomos de la*

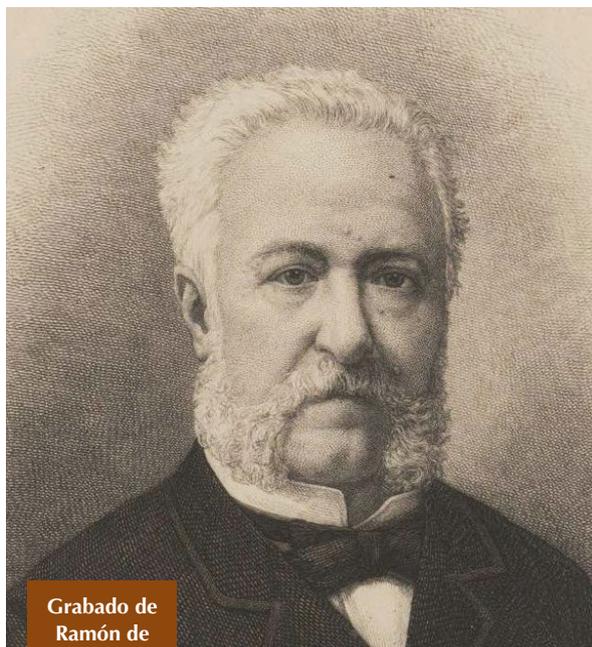
Alhambra, poema compuesto probablemente muchos años antes de su publicación en 1886:

*Hoy el vapor, del hombre más raquíptico
pone en las manos, del titán la fuerza,
y horada el monte y los abismos salva,
y atrás los ríos, si le estorban, echa.*

Y sigue lamentando el atraso de su tierra granadina:

*¿Por qué ya no la cruzan sobre el lomo
de esa doble serpiente de madera
y hierro que perfora las montañas,
que en tajos y vorágines se cuelga
sobre puentes sin fin y viaductos,
que cual las patas de la araña tiemblan,
los estruendosos trenes que derraman
por do van el progreso y la riqueza?*

Melchor de Palau, nacido en Mataró cinco



Grabado de
Ramón de
Campoamor.

años antes de que llegara el camino de hierro, en sus *Verdades Poéticas*, se muestra más explícito en su enseñanza científicista, con una rotunda Oda a la locomotora:

*Watt, Stephenson, Cráampton, yo os conjuro:
en premio a vuestro infatigable anhelo,
dejad un punto el inmortal seguro,
pisad de nuevo la región del suelo;
de metálicas venas
su faz rugosa, por doquier surcada,
gozaréis mayor dicha que en el cielo.*

No pueden dejar de citarse autores que, como destaca Gerardo Diego, aunque posteriores, son también cumbres de nuestras letras, y que dejaron su rastro -efímero- como lo dejaba el humo de la máquina locomotora: "Antonio Machado se encontraba muy a gusto viajando siempre sobre la madera -de mi vagón de tercera. Machado, como Galdós, gustaba de los viajes en tercera, para escuchar, silencioso, los coloquios tan humanos de las gentes humildes, para observar y sondear rasgos y misterios de almas hermanas".

O Unamuno, que escribió una noche de 1910, en el libro *Rosario de Sonetos Líricos*, un canto titulado Medina la del Campo", a la hidalga tierra isabelina profanada por el nudo ferroviario":

*Velan el sol con su humareda sucia,
turbando el sueño de Isabel, los trenes.*

La locomotora poética alcanza hasta el umbral del pasado siglo con Gabriel y Galán, nada modernis-

ta y escasamente partidario de la Era Industrial, en su Canto al Trabajo:

*Mirad cómo devora
la distancia en la audaz locomotora
que creó gallardísima y ligera;
mirad cómo perfora
la montaña que estorba su carrera.*

Otro genio, Juan Ramón Jiménez, poetizó los viajes en tren en todas las épocas de su poesía y podría editarse un voluminoso libro reuniendo sus versos sobre el universo ferroviario. Escrito entre 1910 y 1911, *Melancolía*, publicado en 1912, está dedicado doblemente a la melancolía y a Rubén Darío. Abre el libro una sección compuesta de XIX poesías en alejandrinos y que, en rigor, podrían considerarse como un solo poema, bajo el título En tren:

*Desde el lecho, abrazados,
sin nostalgia y sin frío,
fundiendo en una sola las ascuas de sus bocas,
dos amantes habrán oído, como en sueños,
este tren lento,
lleno de cansancio y de sombra...*

Y sin pertenecer en sentido estricto al entorno poético, el dramaturgo Enrique Jardiel Poncela, con ingenio y humor, aclara los tópicos de la propia poesía, los teatrales y literarios que brotaron de entre las plumas nacionales a partir de mitad del XIX:

"En aquella época romántica, como los trenes tenían un aire ingenuo e inofensivo, se le llamaba comúnmente al tren: *el monstruo de hierro*".

Y como su velocidad era escasa y renqueante, se decía de los trenes que *devoraban distancias*.

Y como el interior de los vagones dejaba bastante que desear en cuanto a confort, pues en ellos toda incomodidad tenía su asiento y todo asiento tenía su incomodidad, los viajeros declaraban siempre que habían hecho el viaje *muellemente recostados* en su departamento.

Y como en tales tiempos nadie pensaba seriamente en llegar alguna vez a volar de veras por medios mecánicos, del mecanismo del tren se decía que no corría, sino que volaba.

*Y se decía que los trenes hendían la noche.
Y que las locomotoras atronaban el espacio".*

Y recuerda Jardiel que "en aquella época sin vagones de tercera no hubieran existido los sainetes; y sin vagones de segunda no existirían las comedias de costumbres; y sin vagones de primera no se habría escrito *El tren expreso*". ■

PELAYO ESTEVE